

gustos y zozobras. Si os perdeis, vuestra será la culpa; mas, para que á tan fatal extremo no llegueis, seguid con buen ánimo y decidido empeño este saludable consejo del doctísimo poeta de Venusa:

A de la celestial sabiduría
Te condujere siguela gustoso.
Este trabajo, esta obra los pequeños
Y los grandes hagamos con presura,
Si de la patria y de nosotros mismos
Virir amados merecer queremos.

DIJE.

EL 15 Y EL 16 DE SETIEMBRE.

(ARTICULO HISTORICO.)

Las fiestas cívicas son un lazo de laureles que une las generaciones pasadas á la presente. Instituidas desde los primeros tiempos, han tenido siempre por cardinal objeto poner de bulto ante los ojos de los ciudadanos, los mas heróicos y gloriosos hechos de sus mayores, para despertar el espíritu público, alentar el patriotismo, encender el deseo de imitar las grandes acciones, y promover, por tan bellos y nobles medios, el engrandecimiento de la patria. Entre nuestras fiestas nacionales, ninguna es mayor, por cierto, que la que al presente celebramos. Ella nos recuerda el glorioso principio de nuestra emancipacion política, y nos presenta el ejemplo mas insigne del mas acendrado patriotismo y de la determinacion mas heróica. Un venerable anciano sacrifica en aras de la patria su preciosísi-

ma vida, sin mas esperanza que la de iniciar un movimiento regenerador, dejando á brazos mas robustos y á guerreros mas afortunados, el cuidado de llevarlo á una feliz conclusion. Él bien sabia que no le era concedido ver el fin de la revolucion que iniciaba: pero sabia tambien que sin un espíritu fuerte que se atreviera á proclamarla por primera vez, jamas se verificaria: su virtud heróica no le permitió dejar pasar una ocasion favorable: se decidió al sacrificio con la firme conviccion de que á su voz se levantarían por millares los patriotas, y que el suelo de Anáhuac, fertilizado con su sangre, haría brotar por centenares los héroes que habian de realizar el grandioso pensamiento que lo animaba; que no era otro sino dar á su querida patria la independencia y con ella la libertad.

No se euguñó el ilustre anciano, y dejando el incensario, empuñó el acero, se lanzó como un rayo á los combates, infundió su espíritu y su fé á la portentosa multitud que lo seguía, y brilló como un meteoro resplandeciente, para sucumbir al cabo de medio año á una de las mas negras traiciones. Pequeño fué, por cierto, el tiempo de su vida militar; pero le fué mas que bastante para formular su pensamiento, para crear una generacion nueva, y para darle jefes que, heredando su valor, su patriotismo y su heroicidad, marcharan por el camino que les indicó.

Bien conocida es la historia de la desastrosa guerra que siguió al glorioso alzamiento del pueblo de Dolores. Muchos ilustres historiadores han referido minuciosamente los numerosos y variados acontecimientos que tuvieron lugar en los once años que duró tan encarnizada lucha. Pero al hablar de lo que en Nuevo-Leon pasó en aquella época gloriosa, son tan escasas sus noticias, que casi nada nos dicen. Por otra parte, un lapso de tiempo de mas de medio siglo ha oscurecido las tradiciones, de manera que rarísimo es el hombre que algo sabe de tan fecundos é interesantes sucesos. Por esto intento ahora refrescar olvidadas memorias, procurando desentrañar la verdad de entre las casi muertas tradiciones y de entre los pocos documentos que de aquellos tiempos nos quedan. ¡Ojalá y logre dar á mis conciudadanos una idea de la parte que á Nuevo-Leon tocó en acontecimientos de tan alta importancia!

Era el dia 29 de Setiembre de 1810. El inmortal Hidalgo celebraba en Guanajuato el aniversario de su nacimiento y el esplendoroso primer triunfo de las armas independientes, alcanzada el dia anterior en la memorable Alhóndiga de Granaditas. Miétras el noble caudillo de la independencia recibía felicitaciones y parabienes en medio de tumultuosas aclamaciones populares, en Monterey pasaban las cosas de muy diversa manera.

De este dia, tan digno de memoria, la tarde pasaba lentamente. Un hombre en la flor de la edad, de mediana estatura, de cabellera rubia, peinado de polvo, de hermosa figura y elegantemente vestido, despachaba algunos negocios en una oficina que estaba situada en la casa marcada hoy con el número 9 de la calle de Hidalgo. Este hombre era D. Manuel de Santa María, natural de Sevilla, caballero de la Orden de Santiago, gobernador político y militar del nuevo reino de Leon, sargento mayor de los reales ejércitos y comandante de milicias. Aunque español de origen, habia venido de muy tierna edad al país, por lo que no tenia los hábitos peninsulares y era grande amigo y protector de los criollos. Cuando mas distraido estaba, he aquí que se le presenta un correo venido de San Luis Potosí por la posta, y le entrega un pliego de parte del brigadier D. Félix Calleja, subinspector de las tropas reales. El estallido súbito de un rayo hubiera aturdido ménos al gobernador que la lectura de aquel terrible documento. "*Una insurreccion popular con señales de terrible trascendencia,*" le decia Calleja, que habia estallado en el pueblo de Dolores; y le ordenaba, al mismo tiempo, que hiciera marchar violentamente á San Luis la parte que tuviera de la compañía veterana de Lampazos y los doscientos cincuenta milicianos destinados ántes á reforzar el ejér-

cito de Texas. Tambien le ordenaba que levantara un cuerpo de trescientos milicianos para cuidar su provincia. Qué impresiones tan diversas debió causar esta noticia en los ánimos de los nuevoleonenses; cualquiera podrá imaginárselo, con solo que sepa la odiosa rivalidad que entónces, por desgracia, se habia desarrollado entre criollos y gachapines.

Al siguiente dia, á pesar de ser domingo, el gobernador se ocupó, con inmenso trabajo porque entónces no habia imprenta, en despachar circulares á todos los pueblos de la provincia, avisándoles tan ruidosa novedad, y mandándoles estar listos para la defensa si llegaba á ser necesaria. El inmundiatio lúnes contestó á Calleja, premetiéndole obedecer sus órdenes. Mas en su misma constestacion revela lo poco dispuesto que se hallaba para cumplir lo que prometia: en ella alega que la circunstancia de estar una grau parte de los habitantes de la provincia en la feria del Saltillo, la escasez de numerario, lo despoblado de esta tierra por los alistamientos anteriores, la escasez de cabalgaduras, y sobre todo, la necesidad que tenia de fuerza armada para contener los descontentos, "*semilla abundante y nada conocida,*" le impedirian hacerlo con la prontitud debida. Sin embargo, mandó que viniera de Lampazos el capitán D. Juan Ignacio Ramon con una parte de la compañía presidial; y que D. Francisco Bru-

no Barrera pasara al Saltillo á recoger los oficiales y soldados de milicias que se encontrasen allí, encargándole hacerlo *sin alborotos, nada convenientes en aquella numerosa reunion.*

Entretanto, comenzaron á circular clandestinamente por los pueblos proclamas y noticias de la insurreccion. El Gobernador mandó recoger estos documentos, y pidió al señor obispo Mariu, que no se hizo del rogar, que conminara con la excomunion á los que no los entregasen.

Era ya la mitad del mes de Octubre; las tropas pedidas por Calleja ni salian ni tenian traza de salir. El gobernador para justificar esta demora celebró una junta de Guerra, la cual acordó, que ántes de obedecer la orden, se consultara al Sr. Calleja de que fondo se habia de disponer para vestir y socorrer la tropa que debia marchar. En espera de la contestacion de esta consulta estaba D. Manuel Santa María, cuando un oficio de D. José Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, vino á serenar todos sus temores: "*El riesgo pasa á ser remoto,*" le decia, refiriéndose á una carta de D. Manuel Acebedo, intendente de San Luis, en la que daba la noticia de que en un punto llamado Buena Vista habian sido derrotados los insurgentes, y que Calleja perseguia los restos con un poderoso ejército. Creyendo cierta esta noticia, el gobernador se

calmó en términos que creyó oportuno el momento para cumplir las órdenes del subinspector. Mandó salir al segundo comandante D. Pedro Herrera y Leyva con doscientos hombres para San Luis; y en su lugar nombró segundo comandante de la provincia á D. Juan Ignacio Ramon, capitán de la compañía veterana de Lampazos. Al cuidado de éste y del alcalde de primer voto D. Antonio de la Garza y Guerra dejó Santa María la ciudad, saliendo fuera de ella no sé con qué objeto.

Poco duró la calma y la confianza del partido realista. A mediados de Noviembre nuevas comunicaciones del coronel Cordero renovaron en mayor escala las pasadas alarmas. La ocupacion de la plaza de San Luis Potosí por el ejército independiente, decidió á Cordero á situarse con la mayor fuerza posible en San Juan de la Vaquería, para oponerse á los insurgentes si emprendian penetrar á estas provincias. Esta reunion de tropas fué despues el famoso campamento de Agua Nueva.

Alarmado con esta noticia el segundo comandante, pidió se reuniera el ayuntamiento, el cual acordó que se oficiara al gobernador para que viniera á defender su capital, haciéndolo responsable si no venia, "*para con Dios, el rey y la causa pública.*" Acordó al mismo tiempo que se pidiera al cabildo ecle-

siástico consejo y dinero: que se solicitara del Sr. provisor Dr. D. José Leon Lobo y de su clero un donativo voluntario: que se suplicara al Sr. cura Dr. D. Fermín de Sada que exhortara al pueblo á la defensa: y que las bocas de la sierra, llamadas del Pilon y Santa Rosa, se guarnecieran con tropas al mando del subdelegado de la Mota D. Domingo Narciso de Allende.

Crecían por momentos los apuros. D. Pedro Herrera y Leyva se encontró en Venegas á los españoles de Catorce, que con sus caudales, los del rey y siete piezas de artillería, venían huyendo de Iriarte, quien con una fuerte sección de insurgentes había ocupado aquel real de minas, y custodiando á estos españoles se volvió Herrera con sus doscientos hombres á reforzar el campamento de Agua Nueva.

El cabildo eclesiástico contestó (tanta era la sencillez de aquellos tiempos,) aconsejando que se reunieran en la cuesta de los Muertos los pastores y dependientes de las haciendas, bien provistos de hondas, para batir á pedradas á los enemigos, si venían, y respecto al dinero, dijeron que lo darían cuando fuera absolutamente preciso y se les diera la correspondiente seguridad del pago.

Vino por fin, el gobernador. Pidió á los pueblos soldados, armas y recursos para la defensa: mandó al segundo comandante Ra-

mon á defender las bocas de la sierra, y despachó al capitán Allende á México con una larga comunicación para el virey, en la que le manifestaba la imposibilidad que había para impedir la propagación del movimiento revolucionario en esta provincia por falta de hombres, armas y dinero; y termina recomendando mucho al capitán D. Domingo Narciso de Allende, asegurando "*que es opuesto en ideas á su tumultuario primo.*" Bien claro se ve que habla del invicto generalísimo D. Ignacio Allende.

Pero dejemos por un momento al nuevo reino de León con sus alarmas, y volvamos á Guanajuato, donde dejamos al generoso Hidalgo celebrando su cumpleaños y su triunfo. Apenas se vió este ilustre caudillo dueño de aquella ciudad, cuando, sin descuidar la organización política, volvió los ojos á lo que más importaba para impulsar debidamente la revolución: se ocupó con todo empeño en establecer una fábrica de armas blancas, una fundición de cañones y una casa de moneda. En esto se ocupaba, cuando he aquí que se le presenta un joven tan gallardo como afable, tan inteligente como instruido y tan cortés como valiente. Tal era D. José Mariano Jimenez. Una esmerada educación, una instrucción no vulgar adquirida en las aulas del Colegio de Minería, unidas á su dedicación asidua á la práctica de las operaciones meta-

lúrgicas, á su juventud y á todas las bellas prendas de su espíritu, le daban derecho á prometerse un brillante porvenir. Pero apenas comprendió los altos pensamientos del ilustre anciano de Dolores, estimulado por tan alto ejemplo, ya no pensó mas que en la patria: reunió hasta tres mil hombres y con ellos se ofreció al servicio de la recién nacida insurreccion. Prendado el egregio Hidalgo de la gallardía, finura y decision de aquel jóven, le dió el despacho de coronel y le mandó organizar aquella gente y marchar á la vanguardia del ejército. Honrosa confianza, por cierto, á que supo corresponder tan cumplidamente. El día 8 de Octubre salió Jimenez, como se le habia mandado, á la vanguardia; fué el primero que entró á la plaza de Valladolid, volvió el ejército hácia la capital, y Jimenez siempre á vanguardia. El 30 del mismo Octubre le vemos batirse con tal denuedo en el Monte de las Cruces, y colocar y dirigir tan bien su artillería, que el Lic. Bustamante no puede menos que decir: "*Jimenez, aquel jóven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo, como de conocimientos en lo militar, aplicados á la tormentaria ó artillería.*" (1) Al tercer dia de este glorioso

[1] Bustamante, cuadro histórico, carta VI.

triunfo, Hidalgo quiso tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas, para lo que era preciso mandarle un pliego. ¿Quién se atreveria á desempeñar tan peligrosa comision? Jimenez, el valiente Jimenez, á pesar de la certeza que tenia de que no le habian de guardar consideracion alguna, aceptó y desempeñó este difícil encargo, poniendo en poder del iracundo Venegas el pliego que se confió á su lealtad.

El dia 7 de Noviembre, despues del desastre de Aculco, Jimenez se volvió á Guanajuato con el denodado Allende: el 12 del mismo mes se batió todo el dia con el brigadier Calleja, logrando entretenerlo mientras Allende sacaba su pequeño ejército y sus municiones: se retiró en buen orden hasta reunirse con su jefe, y juntos marcharon sin ser perseguidos: llegaron por fin á la villa de San Felipe, donde se les unió la fuerte division de D. Rafael Iriarte.

No habiendo por entonces enemigos que combatir, ni peligros que temer, creyó Jimenez oportuna la ocasion para solicitar el permiso de emprender una expedicion que meditaba. En la Hacienda del Molino, inmediata á San Felipe, se presentó una noche al esclarecido Allende solicitando el permiso de venir á insurreccionar las provincias internas del Oriente. Un despacho de teniente General, una buena seccion de tropas, y las mas

afectuosas expresiones, fueron la respuesta que obtuvo de aquel magnánimo Caudillo. El ejército siguió su marcha á Zacatecas y Jimenez dirigió sus ojos y sus pasos hácia el Norte.

Aquí comienza la verdadera gloria de Jimenez. Obrando por sí solo y sin sujecion alguna, pudo dar rienda suelta á sus naturales inclinaciones. Su clara inteligencia, su amor á la justicia, su inclinacion al órden, su grandísima prudencia, su genial dulzura, y la humanitaria benignidad de su corazon, imprimieron á la revolucion, en estas provincias, un carácter de órden y de lenidad, que ni tuvo en otras partes ni es propio de las insurrecciones populares. Pero si es privilegio del genio realizar los imposibles, no podrá negarse que nuestro héroe tenia genio, y genio grande.

Poco tuvo que hacer la fortuna para hacer triunfar á Jimenez, pues no hizo mas que valerse de la fama para que pregonara sus eminentes virtudes. Apenas se presentó en Matehuala, á mediados de Diciembre, y su fama cundió por todas partes; grandes y pequeños se deshacian en alabanzas de tan ínclito caudillo, y corrian de todas partes numerosas partidas de hombres á ponerse bajo sus órdenes. ¿Cuál sería la congoja, la agitacion y el desaliento del partido realista al ver aproximarse tan formidable enemigo, que en tan poco tiempo

habia reunido un ejército fuerte de 8,000 hombres y 16 cañones? Toda su esperanza estaba cifrada en el campamento de Agua Nueva y en el capitán Ramon, apostado en las bocas del Pilon y Santa Rosa. Mas Cordero no habia podido reunir en Agua Nueva mas de 4 cañones y 700 soldados, y Ramon no contaba con doscientos soldados cabales.

D. Manuel Iturbe, gobernador de Tamaulipas, y D. Manuel Santa María habian convenido en reunirse si acaso conocian que solos no podrian resistir á los independientes. Santa María, como hemos visto, no tenia esperanza de poder resistir con buen éxito, y así salió con ánimo de ir á juntarse con Iturbe; pero se detuvo en el Pilon, hoy Monte Morelos, hasta ver en qué paraba el campamento de Agua Nueva.

D. Pedro Aranda, que era uno de los comandantes del ejército de Jimenez, escribió una carta muy comedida al capitán Ramon y á su tropa, proponiéndole con buenas razones que abrazara el partido de la independencia. Viendo Ramon, como él dice, *puerta abierta*, se dirigió por conducto del comandante Aranda al teniente general, preguntándole qué causas habian impulsado á los buenos americanos á tomar las armas, con qué autoridad venian, y cuáles eran sus intentos. La contestacion de Jimenez fué digna de él, y dejó tan convencido á Ramon de la Justicia y bondad

de la causa que defendia, que no solo la abrazó de corazon desde aquel momonto, sino que se propuso conquistar á D. Manuel Santa María. Muchas cartas le escribió desde Pablllo, tratando de persuadirlo, con mucha maña y con gran tiento, de la imposibilidad de resistir fuerzas tan superiores: de que el pueblo todo tenia iguales sentimientos que el ejército que tenian delante: de que únicamente se trataba de hacer la independenciam de la nacion mexicana: de que en esto no se faltaba en nada á la religion, á la patria ni al rey; y de que nada habia que temer, porque Jimenez limitaba la persecucion solamente á los malos y de ningun modo á los buenos, pues al español que se le presentaba le concedia el indulto y quedaba enteramente tranquilo en su casa, sin mas condicion que no oponerse á los progresos de la insurreccion. Le remitió las cartas de Aranda y de Jimenez, muchas proclamas y otros papeles relativos á la revolucion, y le anunció que el dia 28 de Diciembre salia á la guardaraya de la provincia á conferenciar con los independientes. Salió en efecto; y el resultado de esta conferencia nos lo anuncia despues el gobierno colonial restablecido, mandando *“dar de baja al capitan D. Juan Ignacio Ramon desde el dia 31 de Diciembre, en que se pasó al servicio de las banderas enemigas.”*

Avanzó, en fin, Jimenez, y el dia 7 de Ene-

ro de 1811 se halló á la vista del campamento de Agua Nueva. Mas apenas desplegó en batalla una parte de sus fuerzas, cuando todas las tropas del campamento, sin tirar un tiro, corrieron á unírsele. El gobernador Cordero huyó precipitadamente, acompañado de algunos europeos; y, sin detenerse en el Saltillo, pasó corriendo á rienda suelta por la calle de Santiago, dirigiéndose hácia el Norte. El lego Fr. Juan Villerías lo seguia muy de cerca; logró alcanzarlo y aprehenderlo en la hacienda de Mesillas, junto con todos los que lo acompañaban. Sabedor Jimenez de este suceso, y temiendo que los prisioneros fueran tratados muy mal por aquel sanguinario lego, mandó inmediatamente un ayudante con un coche y una orden para que le fueran entregados. Traidos á su presencia, puso en libertad á todos menos á Cordero, á quien conservó allí en su mismo alojamiento, en calidad de prisionero; pero guardándole todas las consideraciones debidas á su clase, y tratándolo con toda la finura que le era genial. Alaman, al referir esta accion tan noble del teniente general Jimenez, á pesar de su antipatía por los independientes, no pudo menos que exclamar: *“El ánimo oprimido con la relacion de tantos hechos atroces, descansa cuando se encuentra una accion generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemi-*

go en cuyas manos cayó por las vicisitudes de la revolución, el que con ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco comun en aquel tiempo." (1)

El día 8 entró Jimenez al Saltillo. A cuantos europeos se le presentaron los indultó. Es de advertir, que los indultos que concedía, los hacía respetar inviolablemente. El día 12 hizo celebrar una funcion de iglesia en acción de gracias al Todopoderoso por los favores recibidos. Las fiestas cívicas con que el Saltillo solemnizó la venida de Jimenez fueron, en verdad, muy espléndidas, y en ellas reinó la mayor cordialidad: todos estaban alegres, los patriotas por el triunfo de su causa, y los realistas por verse libres de la persecucion que temian. Mas ¡ay! que entre aquella regocijada multitud estaba el hombre de perdicion, el infame traidor que habia de cubrir de luto á los buenos americanos, y que hubiera destruido, si destructible fuera, la gloria de los primeros caudillos de la independenciam. El traidor D. Ignacio Elizondo, hombre de gran influjo en las provincias internas de Oriente, fué uno de los que se pasaron en Agua Nueva. De él se valió Jimenez para hacer que los pueblos se declararan por la buena causa. La actividad y recomendaciones de Elizondo unidas á la fama del esclarecido Ji-

[1] Alaman, Historia de México, tít. 2º, lib. 2º, capítulo VIII.

Jimenez, hicieron el milagro de que en quince dias estuvieran pronunciadas todas las cuatro provincias, sin necesidad de disparar un solo tiro. San Antonio de Béjar fué el último pueblo que se pronunció, y lo hizo el 22 de Enero. Los comisionados para esta vasta empresa fueron: para Béjar el capitán D. Juan B. Casas, para Monclova D. Pedro Aranda, para Tamaulipas los dcs. coroneles Acevedos, y para Monterey el brigadier D. Juan B. Carrasco. Este último salió del Saltillo el día 16, con la especial comision de apoderarse de Monterey lo mas pronto posible, porque era el punto de donde podrian tomar los mejores recursos.

Entretanto se aproximaba Ochoa, jefe realista con una buena seccion de tropas; pero salió Jimenez del Saltillo, lo encontró en el puerto del Carnero, y "*con sus acertadas evoluciones, dice Bustamante, lo descompuso y lo derrotó.*" Este triunfo fué obtenido el día 20 de Enero del mismo año de 1811.

Supo Santa María el desastre de Cordero en Agua Nueva, y sea por la fuerte impresion que en su ánimo causaron las cartas de Ramon, ó sea, como decia el Dr. Sada, "*porque era grande amigo y protector de los criollos,*" lo cierto es que en vez de irse á la colonia á reunirse con Iturbe, aunque tenia recursos para hacerlo y el camino libre y expedito para ponerse en salvo, se quedó en Monte